

DIATRIBAS INTELIGENTES

Habladurías

No es necesario ser un filósofo audaz para darse cuenta de que en la mayoría de las charlas que se escuchan a diario en el bar o los pasillos escolares, ninguno de los conversadores sabe a ciencia cierta de lo que está hablando: repetir sentencias o argumentos que creemos verdaderos no equivale a 'saber'.

A consecuencia de su 'saber superficial' los hombres pueden relacionarse, ponerse de acuerdo, construir valores, educar a sus hijos: su curiosidad se conforma con algunas migajas. Y es que nadie va a profundizar cada vez que se lleva un trozo de pan a la boca. Heidegger llamó 'avidez de novedades' a esta clase de anémica curiosidad. Escribió que la avidez de novedades sólo busca lo nuevo para saltar de ello nuevamente a algo nuevo. No es la contemplación, sino la inquietud y la excitación lo que caracteriza a esta curiosidad siempre entretenida en habladurías pueblerinas. Ahora, tampoco es razonable pensar que exista alguno capaz de 'saber' realmente. ¿Quién va a mirar de frente la cosa 'en sí' kantiana? ¿Quién va a mostrarnos la verdad de las cosas? Los filósofos se acercan al límite, pero les resulta imposible pasar del otro lado. Los demás nos conformamos con opinar tonterías. No es raro entonces que muchos encuentren paz en la religión (esa iglesia metafórica donde no es necesario pensar). Tampoco me extraña que después de saberlo casi todo Emanuel Swedenborg recibiera la visita de Dios. Este sacerdote sueco, versado en matemáticas, economía, mineralogía, anatomía y otras disciplinas abandonó el conocimiento empírico para fundar una iglesia (entonces no era tan buen negocio). Catorce siglos antes, San Agustín había dejado claro que para 'conocer' había que ser iluminado por Dios. De ese modo, el santo se ahorró la decepción que causa no encontrar certezas acerca del mundo: una vez que salimos con la cola entre las piernas de la ciencia o la filosofía podemos volver con una estúpida sonrisa al seno de Dios.

El horizonte, para algunos ateos - entre los que me encuentro, felizmente - es conformarse con vivir en una sociedad que sobrevive gracias a sus habladurías, a su avidez de lo nuevo, a su ignorancia. Ni Dios ni el conocimiento verdadero: siempre en la mediocridad.

Guillermo Fadanelli - Cultiras La Vanguardia - septiembre 2004